

Maricela Ayala Falcón, *El bulto ritual de Mundo Perdido, Tikal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, 2002 (Cuadernos del Centro de Estudios Mayas, 27), 157 pp.

Durante muchos años los arqueólogos reportaron una serie de objetos en escondrijos cuyo significado desconocían. Fue hasta 1983 en Mundo Perdido, Tikal, cuando le mostraron a Maricela Ayala uno de éstos y esclareció su función, gracias a sus conocimientos de las fuentes escritas; se trataba de los restos de bultos que los antiguos mayas emplearon para sus rituales. Es a partir de este hecho que la autora del presente libro inició una investigación sobre el contenido, significado y función de los envoltorios, y otros estudiosos estuvieron en posibilidad de reconocer elementos similares como restos de un bulto ritual. Uno de los mayores méritos de esta obra que da cuenta de los resultados de tal investigación es que se acerca al tema a través de diferentes disciplinas: la historia, la arqueología, la etnología, la lingüística y la epigrafía, lo que le permitió brindarnos una investigación muy completa. Desde un principio aclara que eran ofrendas relacionadas con los diferentes momentos de la vida de un hombre maya.

Ayala revisa los trabajos de diferentes autores que identificaron los bultos en la plástica maya; menciona los trabajos de Tatiana Proskouriakoff (1961, 1963 y 1964), quien se valió del glifo llamado por los epigrafistas "dolor de muelas" T684, asociado al ascenso al trono, para descubrir que el bulto, cuando aparecía en estas escenas, aludía precisamente a un acontecimiento en que el gobernante tomaba el poder. Retoma las investigaciones de Merle Green publicadas en 1972 en un artículo titulado "The Ritual Bundles of Yaxchilán" quien al relacionar las escenas de mujer-bulto con la sucesión hereditaria concluyó que éstos contenían la parafernalia necesaria para que la madre del heredero se purificara por el auto sacrificio después del parto, afirmación que, señala Ayala, no es posible comprobar.

Me llama la atención que no concuerde con Green en citarlos como bultos rituales, sino que les nombra bultos de poder; sin embargo, considero que todos en última instancia son

RESEÑAS

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIV, 2003

Instituto de Investigaciones Filológicas/

Centro de Estudios Mayas, UNAM

ISSN 0185-2574

<http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmaya/>

bultos rituales y no obstante su contenido político, el envoltorio era un objeto que formaba parte de una ceremonia ritual, no importando que a su vez fuera una insignia de poder, ya que contenía los elementos necesarios para el rito.

En cuanto a su acercamiento a las fuentes arqueológicas, la autora resume el desarrollo histórico de la estructura del sitio donde se encontró el bulto, incluye la descripción de la Tumba Roja localizada en el edificio llamado poéticamente 5D 86-6, que se distingue de los demás por el rico contenido de la ofrenda y a cuyo lado se construyó el 5D-87; dentro de esta edificación se descubrió un nicho que albergaba los restos casi irreconocibles de lo que fuera un bulto, a su vez contenido entre dos vasijas colocadas una encima de la otra. Por cierto, señala Ayala, dicho bulto ya no existe, pues al enviarlo para analizar se extravió su contenido, sin conocerse los resultados del análisis.

Lo que en 1982 se halló en el nicho fueron los restos de dos serpientes, una tortuga, 43 gasterópodos, ocho vasos, tres platos trípodes y un cuenco que se puede fechar entre 690 y 830 d.C. Según Bailey, el arqueólogo que hizo el descubrimiento, el bulto habría estado conformado por papel amate pintado de azul (el color sagrado entre los mayas) y también se encontraron restos de cuerdas anudadas y, cito... "Fragmentos de un pequeño animal, restos de carbón y vegetales y una concha bivalva, obsidiana, dos pendientes de perla, una espina de raya, jade y espinas muy afiladas de unas plantas a los que los peteneros nombran "cuernos de toro"..." (Bailey, 1982: comunicación personal a la autora).

La revisión histórica que Ayala realiza le permite comparar la descripción del envoltorio en diversas fuentes, tanto indígenas, españolas, como etnográficas y a su vez le abre el camino para identificar la función de algunos de los objetos contenidos en el bulto de Mundo Perdido, como por ejemplo los "cuernos de toro" para el auto-sacrificio. A su vez localiza narra-

ciones en las que aparecen envoltorios no sólo asociados al poder sino también a los rituales de fin de ciclo, a la medicina y al linaje, y relaciona el contenido de cada uno con la función para la cual estaban destinados.

Presenta una revisión de los reportes arqueológicos para identificar, con base en el hallazgo de Mundo Perdido, otros vestigios de bultos en diversos centros ceremoniales; pone especial atención en el contenido de vasijas colocadas labio con labio y en aquellas con restos de alguna "envoltura". Advierte datos de gran interés como la preferencia por introducir trece y nueve objetos, navajas, excéntricos, piezas y ornamentos de jadeíta, conchas y espinas de raya, que simbolizaban tanto la imagen de un microcosmos como objetos relacionados con el auto sacrificio ritual (p. 65). Este reconocimiento enriqueció de manera sustancial la identificación del contenido de un buen número de escondrijos que en su origen debieron ser bultos, y fecha sus primeras apariciones para el Preclásico.

En el capítulo dedicado a la iconografía Ayala comenta de manera acertada los rituales de iniciación de la vida de un gobernante que quedaron plasmados en estelas y dinteles, tanto en las imágenes como en los textos. Nos proporciona diversas consideraciones sobre los diversos objetos asociados a la designación del heredero y enfatiza cómo en muchos casos se acompañaban con el bulto sagrado, el cual podía presentarse cerrado conformando un envoltorio, o bien abierto, lo que permite conocer su contenido; sobre éste da cuenta Ayala y analiza los objetos incluidos, así como su significado.

Los capítulos sobre lingüística y epigrafía son los que resultan más enriquecedores por las nuevas lecturas que propone para el compuesto glífico del bulto: el T684 y sus variantes. Se apoya principalmente en las inscripciones de Yaxchilán por contar con la presencia del envoltorio y la del mencionado glifo, aunque aclara que no siempre coinciden los dos ele-

mentos. Investiga en documentos coloniales y en diversos diccionarios de lenguas mayas para discurrir sobre el significado lingüístico del T684, que tiene como compuesto principal el glifo de la Luna o el número 20; además, indaga términos en diversas lenguas mayenses asociadas al bulto como envoltorio, manta, nudo y cuerda, que le permiten profundizar sobre el significado del *pizom k'ak'al*, nombre con el que se conocía al envoltorio sagrado mencionado en las fuentes.

En efecto, en este apartado la autora nos comunica interesantes reflexiones sobre el *pizom k'ak'al*, al señalar que, más que un "simple envoltorio", integraba un receptáculo que contenía el "alma" envuelta por el cuerpo físico del hombre. Y al aplicar esta interpretación al concepto del bulto en la comunidad, agrega que era el elemento que daba orden al grupo, por ende, el gobernante que recibía la preciada insignia sacra obtenía su legitimación. Es en especial en el capítulo sobre epigrafía donde nos hubiera gustado que las imágenes fueran de mayor tamaño para poder seguir de cerca cada una de las explicaciones que la autora nos proporciona.

Maricela Ayala concluye que de acuerdo con el contenido del bulto variaba su función ritual, por ejemplo con madera (supongo asociada con la obtención del fuego), sería para rituales de finales de periodo; cuando incluía copal se empleaba para purificaciones y formaría parte de los rituales médicos y de las parteras; si guardaba objetos punzantes contendría la para-

fernalia indispensable para que los gobernantes ofrendaran su sangre en el momento de ascenso al poder, al finalizar un periodo o bien durante su entronización, a la vez que se relacionarían con los dioses y sus símbolos; si involucraban las mantas de los antepasados hablarían del origen del linaje de un grupo.

Infiere que la constante en los objetos contenidos en los bultos eran piedras como jade o pedernal, instrumentos agudos para sangrarse y conchas; logra identificarlos con la llamada Insignia Tripartita que a su vez es la representación de la conocida como Tríada de Palenque formada por las deidades a las que se ha nombrado GI, GII y GIII quienes simbolizan los tres planos cósmicos y el principio del cosmos. Esto es precisamente lo que los gobernantes cargan dentro del bulto: el cosmos representado por el símbolo de los dioses.

Respecto al bulto de Mundo Perdido concluye, por los datos histórico-epigráficos, que correspondió al gobernante Hasaw Kan K'awil colocar el envoltorio en la tumba del fundador del linaje, es decir el *pixom k'ak'al*, "la memoria atrapada".

Con esto termina esta pequeña pero gran obra, que con toda seguridad será de interés tanto para historiadores, etnólogos, arqueólogos, lingüistas, epigrafistas interesados en el pasado y en el presente maya.

MARTHA ILIA NÁJERA C.

Centro de Estudios Mayas, IIFL, UNAM.